

Ensayo

Universo y psique: Alborada de dos mundosJaime Cardeña¹¹Psicoanalista

IncurSIONAR en ese mundo psíquico del infante, mundo sin palabras, oscuro y caótico, preludio de lo que aún está por lograrse, apenas preformado y preexistente; y seguirlo en su penoso desenvolvimiento hasta llegar a ser la mente de un ser humano, es en verdad, un quehacer fascinante.

La tarea de describirlo en nuestras palabras y hacerlo asequible a nuestra mentalidad de adulto, es tan ardua, que es necesario, para ello, valernos de una analogía con la formación y el desarrollo del Universo.

En ese Ragnorok a la inversa que es el Big Bang primordial de los astrofísicos, la partícula primigenia, en un tiempo de millonésimas de nano-segundo, explota para crear el Universo. Junto con esa mínima entidad de energía-materna, se expande el tiempo mismo, que, de fragmentos de segundo, pasa a ser Aion, el tiempo sin fin.

En el macrocosmos, el indiferenciado plasma espacial, impulsado por su propio y vertiginoso movimiento y por las presiones que éste trae consigo, va formando los primeros átomos de hidrógeno y helio. En una correspondencia analógica en el microcosmos del infante, a partir de un estallido inicial (el nacimiento), su psiquismo se ve inundado por una enorme cantidad de estímulos, a los que originalmente responde en forma confusa e indistinta.

Siguiendo con el contrapunto y retornando al macrocosmos, los átomos de hidrógeno y de helio llegan a condensarse y formar las gigantescas hornazas de los soles, y dentro de éstas, sometidos a presiones y temperaturas inimaginables, se agrupan en átomos más complejos y resistentes, y de éstos surgirán los planetas, las nebulosas y las galaxias. En los primeros, posteriormente se formará la sustancia misma de la vida.

No olvidemos que los filósofos ocultistas de la Edad Media ya habían discernido que el macroposopo corresponde al microposopo, el microcosmos al macrocosmos. Así, analógicamente, en la evolución del psiquismo humano también se da el que esa ley inmanente y necesaria de progreso, lo lleve de lo simple a lo complejo, de lo inacabado a lo terminado. Es así que en el microcosmos humano, de ese plasma confuso e indiferenciado de una etapa psíquica caótica y brumosa, de sólo sensaciones y protosentimientos (etapa que los psicólogos jungianos, usando el símbolo de la serpiente enroscada, llaman urobórica)* se formarán a su tiempo los soles, las nebulosas y las galaxias de la mente. O sea, imágenes, palabras, sentimientos, pasiones y pensamientos.

En ambos mundos, el del psiquismo infantil y el del Universo, dos son las fuerzas directrices que hacen inevitable el avance a un estado superior; una es la urgencia a la progresión, es decir, la evolución; la otra es la capacidad de síntesis, es decir, la creación**.

Las dos son presiones irresistibles e implantadas a priori. Y si alguien quiere encontrar en esto las huellas del Dios, sea bienvenido. Si con los pensadores panteístas pudiera considerarse al Universo como “el cuerpo de Dios”, entonces sería perfectamente aceptable la aseveración bíblica de que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, es decir, como un Cosmos en evolución. No sería menester recurrir, a la inversa, a la imagen de un Dios antropomórfico.

Lo que en el Génesis cósmico lleva miles de millones de años, en la formación de la mente infantil requiere apenas de unos cuantos meses, pero el proceso es el mismo. Así como en el Cosmos se han formado, a partir del plasma primordial, todos los elementos, en el desarrollo de la vida psíquica existe primero una etapa caótica e indistinta, en la que las representaciones son aún vagas e incompletas. Pero las presiones producidas por la tendencia a sobrevivir, y montadas en los rieles de la búsqueda del placer y de la evasión del dolor y de la muerte dirigen el camino de la psique infantil (todavía no se le puede llamar mente) hacia metas cada vez más organizadas. Las primeras impresiones son únicamente sensaciones y, si acaso, rudimentos de imágenes.

No esperemos encontrar aquí sentimientos, fantasías, menos aún pensamientos o razón. Existen sólo en potencia como protosentimientos, urgencias inconscientes, o como fenómenos reflejos de sensaciones, pulsiones e imágenes. Pero representaciones de seres o personas, no.

Estudiosos de estas etapas tempranas infantiles, como Melanie Klein, nos hablarán, si acaso, de posiciones (depresiva o esquizoide); no de verdaderos sentimientos ni de conciencia, por leve que sea, de lo que ocurre en el recinto del psiquismo infantil.

* El uroboros es la serpiente que, al morder su cola, forma un círculo, que se constituye así en una prisión narcisista infantil.

** Y entiéndase la creación, no sólo como un acto único aislado, sino como un proceso.

Claro está que el nuevo ser tiene un potente apego hacia aquello que le da placer y lo rescata en forma constante y repetida, de la incomodidad y del peligro corporales (sed, hambre y frío). Sin embargo, todavía está lejos de experimentar amor, odio, y otros sentimientos. Para ello tendrá que haber formado en su interior; una imagen o una representación de otro ser, y aún no la tiene.

Tendrá, sí, la imagen, la representación de un pecho del que mana el fcor de los dioses que es la leche materna (o su equivalente); tendrá, si acaso, percepciones fragmentarias de la suavidad de una piel cuyo contacto está asociado con bienestar, de un cierto olor, o del sonido de una voz conocida... Pero la imagen completa de un ser distinto a sí mismo, de una madre nutricia (o del "significant one", como diría Harry Stack Sullivan) no le es dable todavía. Su universo no ha formado aún soles o galaxias.

Es posible (como aseguran los analistas de niños) que, vagamente, perciba un "pecho-bueno" que es gratificante, lo sacia y lo rescata de la sed y del hambre; o bien un "pecho-malo", que lo frustra y lo maltrata. También es cierto que tales percepciones son el preludio de la dicotomía maniqueísta entre "bueno y malo", "deseable e indeseable", y que son el prolegómeno del amor y del odio. Pero no son ni uno ni otro todavía.

Sólo cuando, más adelante, y gracias a esa ingénita capacidad sintética del "yo" (un "yo que se ha formado por las presiones del medio ambiente y familiares sobre el plasma primordial del "ello"), es capaz de condensar estas sensaciones e imágenes parciales; y cuando, además, con el aprendizaje del lenguaje, empieza a idear y abstraer, le es posible captar la existencia del "otro", del "no-yo".

Es sólo cuando la naciente psique del niño resuelve el acertijo de la Esfinge, cuando puede armar el rompecabezas de las representaciones parciales y disgregadas, formando así, en una creación casi divina, la primera visión completa de otro ser humano. Entonces puebla su universo desolado y rompe el círculo urobórico de la disgregación y el narcisismo. Abre así la puerta de entrada al mundo del drama y de la pasión.

No olvidemos que en la mitología del Complejo de Edipo, el héroe, para llegar a Tebas (la pasión y el drama) tiene antes que desentrañar el enigma de la Esfinge y que la solución de este enigma (¿Cuál es el animal que al principio de su vida camina en cuatro patas, después en dos, y al final en tres?) es el hombre.

En este momento podemos hablar ya de una mente. Y este tránsito es el que constituye el verdadero Complejo de Edipo. El drama denominado por Freud (por razones históricas y ya obsoletas, de su autoanálisis) Edipo, según la Tragedia de

Sófocles, no tiene por qué formar un prototipo único y pantomímico del romance familiar que se forma tal vez en el consciente; pero que anida y crece en el inconsciente, y que es tan personal como la huella dactilar o la coloración reticular del iris de cada persona.

Las relaciones del niño con los seres que lo rodean, a los que está vinculado, participarán ya de sentimientos, pasiones, razón y fantasías; son diferentes en cada caso pero tienen en común el que son relaciones con *todo un ser*, totales y fecundas.

No obstante, la evolución no siempre sigue el mejor camino; en el macrocosmos surgirán como formaciones aberrantes, los "agujeros negros", estrellas fallidas y anormales, devoradoras de materia y energía; o la anti-materia, en ambos casos, fuerzas de anti-creación.

En el microcosmos humano existen también los seres ajenos a una evolución sana, incapaces de esa síntesis que los capacita a respetar, considerar y amar a otros seres humanos, son, prácticamente, "hoyos negros", en los que se asientan el odio, la crueldad y la destrucción.

Todavía, una reminiscencia más del tema análogo macrocosmos-microcosmos: en aquél, una vez ya organizado en astros, nebulosas y galaxias, la explosión exocéntrica ha de ser limitada por la fuerza de gravedad, que detiene la dispersión *ad infinitum*. Como, por otra parte, la gravedad excesiva traería la muerte del Universo por estancamiento; tal fuerza inhibitoria es, a su vez, espoleada y vivificada por la fuerza expansiva, creándose así un equilibrio dinámico.

Así como en el Universo la expansión es frenada por la gravedad, y el estancamiento movilizad por la fuerza centrífuga, en la mente infantil, después del nacimiento de la pasión, su ímpetu ha de ser contenido por la inteligencia y la razón; y, a su vez, la razón demasiado parca y grave, ha de ser encendida y vitalizada por la pasión.

Cuando ésta no es temperada por la razón, arde de tal manera que sus rescoldos arderán por el resto de la vida; y cuando la razón, excesiva, no es animada por el sentimiento pasional, quédase roma y estéril.

De la nueva síntesis razón-pasión, expansión-gravedad, brotará, tanto en un mundo como en el otro, no una calma neutra, sino una tensión viva y dinámica.

La dualidad microcosmos-macrocosmos resalta más evidente al recordar la frase con la que el astrónomo Arcadio Poveda cerró una brillantísima cátedra de astrofísica:

"Al fin y al cabo, somos pedazos de estrella".